

ECOS DE UN LUGAR

ECOS DE UN LUGAR

Fiep van Bodegom
Verónica Gerber Bicecci
Zara Khadeeja Majoka
Nashilongweshipwe Mushaandja
Ligia Nobre
Emilia Pardo Bazán
Amanda Parmer
Paola Santoscoy
Salomé Voegelin

Editado por Andrea Ancira y Jorge Munguía

Este proyecto fue posible gracias al apoyo de:

Museo Experimental el Eco, UNAM

Fundación BBVA

Graham Foundation

ÍNDICE

- 8 Puntos de partida
Andrea Ancira / Jorge Munguía
- 17 Tenemos un problema
Paola Santoscoy
- 31 Carta desde un suelo común
Ligia Nobre
- 45 La gramática de las ruinas
Fiep van Bodegom
- 77 Lo que las sombras pueden
Zara Khadeeja Majoka
- 103 La cabeza de Teo a recomponer
Verónica Gerber Bicecci / Emilia Pardo Bazán
- 119 Construir un lugar efímero a partir
del volumen indivisible de palabras
Salomé Voegelin
- 137 Respons–habilidades de la visión
Amanda Parmer
- 151 Cajas negras y cubos blancos
como campos de concentración:
sobre la violencia institucional y
el trauma intergeneracional
Nashilongweshipwe Mushaandja
- 168 Semblanzas

La manera más subrepticia en la que alguien me dijo adiós fue: “podríamos vernos de nuevo; después de todo, somos parte del mismo universo”. Así es, mi querida lectora.

No quiero pretender que este texto opera en un espacio aparentemente compartido, un espacio global, insípido e impersonal. Ese lugar no existe realmente y la idea no es muy atractiva. Bajo un escrutinio más cercano, es incluso insultante porque desprecia las circunstancias materiales. Entonces, ¿qué significa para ti, lector(a), cuando escribo un artículo profundamente arraigado en este sitio llamado Ámsterdam, mientras tú (digamos) lees esto en la Ciudad de México? Una ciudad en un país, en un continente que nunca he visitado y que conozco poco. ¿Qué sé? ¿Qué puedo escribir que sea de interés para estos dos lugares sin dejar de lado la especificidad y singularidad de ambos? Entonces aquí mi pregunta: ¿cómo se encuentra la ciudad con la página? Pero también, por supuesto, ¿dónde se da el encuentro entre quien escribe y lee?

Lo que te doy no es una narración. Solo te doy bloques de construcción para hacer tu propia historia. Te daré fragmentos de mis pensamientos: fragmentos de lecturas, memorias elusivas, ruinas del lenguaje, partes de sueños. Puedes hacer tu propio sitio aquí. O, si tú quieres, puedes rastrear la historia de quién soy yo y quién eres tú. Esa es una historia que me gustaría escuchar.

Todo lo que hago, todo lo que imagino, tiene a esta ciudad como fondo. No hay otro lugar que conozca tan bien. No me voy por miedo a que este lugar no esté aquí cuando regrese. Tengo miedo de perder mi hogar, de perder la sensación de estar en casa. Es un miedo irracional porque, incluso sin salir, hay lugares a los que no se puede volver.



Fotografía: Cortesía de la autora.

La famosa Oda 3:30 del poeta romano Horacio comienza así:

“He erigido un monumento más duradero / que el bronce, y más alto que las pirámides de los reyes / que ni la roída lluvia ni el viento persistente / puede destruir ni innumerables series de oídos / ni el paso de las edades. No moriré por completo”. Al final, el tiempo lo demostró incluso modesto. Pero he encontrado las siguientes líneas, siempre bastante tristes: “mientras el Pontífice y Vestal escalan el Capitolio / seré renovado y floreceré con más elogios”.

Imagina ser un poeta cuya obra sobrevivió más que aquello que parecía más perenne en su mente: la religión del estado. Ahora que lo pienso, tal vez simplemente estaba siendo cordial con los poderes de entonces. No obstante, lo más notable, es que escribió un poema que sobrevivió al uso del idioma en que estaba escrito. Hizo algo más duradero que la piedra y el lenguaje. Este poema es una de las ruinas que quedan de él.

Llaman a esta ciudad, desde donde escribo, la Venecia del norte: por el agua, porque en unas cuantas décadas los turistas y el aumento del nivel del mar harán de esta ciudad una simple decoración. Eventualmente, una bonita y hundida decoración. Tal vez estoy siendo un poco dramática, pero una ciudad no es una fiesta en movimiento. Me encanta irme en bicicleta a mi casa después de una fiesta, en la mañana rosa y gris. Los primeros signos de luz sobre los techos son muy festivos.

Tengo curiosidad por saber quién eres y cómo eres, pero no puedo buscarte (o, seamos sinceras, *googlearte*). No tengo nombre. La paradoja de la escritura es que trato de conocerte contándote más acerca de mí.

¿Cómo se puede dividir mi vida de este lugar? Todavía no he amado a alguien que no haya vivido en esta ciudad. Aunque, si lo pienso bien, por supuesto que sí. A muchas personas que escriben las amo desde lejos.



Fotografía: Cortesía de la autora.

¿Dónde se tocan la ciudad y la página? En una ciudad en movimiento, de recuerdos, yo creo. En una ciudad que ya está perdida. En una ciudad sentimental, llena de recuerdos del pasado. Me pregunto si debería moverme o no. ¿Debo mover la mente?, ¿mover el cuerpo? Miro el espacio, el tiempo y la luz filtrada a través de los árboles. Pienso que extrañaría el juego y los patrones y la fina textura del follaje y los troncos de los árboles y la sombra; y la luz y el viento. Pero, ¡qué banal suena eso! Y después recuerdo que los seres humanos son solo una décima parte de toda la biomasa de este planeta, cómo su sufrimiento, estupidez y consciencia llenan completamente la atmósfera. Y, finalmente, cómo esto hace que la respiración sea casi imposible.

“Salir para no quedarse. Para sentir que el yo se está yendo y necesita ser seguido, para sentir que todo está sucediendo fuera de esa cosa que no tiene un centro”. Etel Adnan, Sea and Fog.

Ya no puedo volver a los departamentos en los que he vivido; uno se ha convertido en un hotel. No puedo regresar a la casa de los padres de mi ex novio; hemos soltado y dejado nuestras vidas a cada quien. No puedo volver a la biblioteca del tercer piso del edificio art déco de la universidad que albergaba el departamento de idiomas y humanidades, porque ha sido vendida y destruida. Ese edificio que también se ha convertido en un hotel, y de los caros, con alberca en la azotea. No puedo volver a la casa de mi infancia o al departamento de mi abuela. No puedo volver al lugar donde nací. Mi madre no vive allí y mis hermanos y hermanas se han convertido para mí en extraños. También hay lugares a los que no puedo ir todavía: la casa de mis hijos, la última casa de mis padres.

El país en el que vivo tiene poco de naturaleza y vistas espectaculares. El paisaje, tanto urbano como rural, está completamente cultivado y desprovisto de grandeza. Lo que tenemos son cielos y agua; agua y cielos. Es una suave paleta de azules y grises donde uno puede envejecer mirando, si uno tiene el tiempo, el ocio, y la serenidad mental. Tú, mi querida lectora, puedes conocer o no este clima templado y húmedo, esta sociedad aparentemente templada, esta vida suave y cómoda de clase media. Una vida con pocas certezas, pero con la promesa de seguridad; una promesa cumplida hasta ahora. Y no ha disminuido mi admiración por las superficies aunque sé de las profundidades reprimidas, la ira y la violencia, el racismo que acecha desde abajo. Mientras la represión se mantiene, es relativamente seguro. Deseo que se mantenga.

Camino por mi colonia llena de calles con hermosas viviendas sociales construidas por todos y para todos en la década de 1920. Bloques de viviendas diseñados en un espacioso y acogedor modernismo, hechos de ladrillos rojos con ventanas rectangulares de marcos blancos. La luz del sol y la vida en la ciudad, sombras penetrantes y la somnolienta quietud de un domingo por la tarde hacen que el día sea agradable. Puedes observar cuánto espacio hay para que la gente camine, hable y exista. Las casas han sido renovadas bloque por bloque, y vendidas. Como si, sin dinero, no merecieras tanta belleza y comodidad.

De pronto, te das cuenta que los mayores lujos de esta ciudad son invisibles y omnipresentes. Es el agua que sale de nuestros grifos; no solo potable sino más dulce y clara que la de cualquier botella. Es el trasfondo de seguridad en el que uno puede caminar o andar de regreso a casa en bicicleta, en cualquier estación del año, en cualquier momento del día o la noche.

Miro a mi alrededor y solo veo personas sanas: el brillo de su cabello, la piel perfecta, los dientes sanos; la ropa de moda, pero cómoda. Mira cómo pedalean en parejas, solos o con sus hijos. ¿Deberíamos aspirar todos a tan insípida prosperidad?

Otra persona me envía un correo electrónico: “Espero encontrarte por accidente en la ciudad”. Me preguntaba por qué no escribí: “Hay que vernos, ¿cuándo puedes? Quiero volver a hablar contigo”. Pero tal vez estoy confundiendo mis deseos con los suyos.

Este verano he intentado aprender alemán y una de las palabras que me enseñó mi amiga de Berlín fue *Jahrhundertsommer*. Describe un verano excepcionalmente caluroso y seco. Claramente, estamos teniendo un *Jahrhundertsommer* global, desde el Polo Norte hasta la Patagonia. El plan era que al mismo tiempo le enseñaría holandés a mi amiga alemana, pero no pude encontrar una traducción holandesa para su palabra. También quedó claro que no sé muchas palabras de la jerga en mi propia lengua. Esta falta, que no había percibido antes, parecía mostrarme algo íntimo. También aprendí la palabra *Affenhitze*, calor de mono, que describe un clima sumamente caluroso. Otra palabra que aprendí fue *Bierzeltrede*, literalmente significa: un discurso celebrado en una tienda de cerveza, es decir, figurativamente: un discurso populista. No tengo muchos verbos y tengo poca gramática en alemán. Mi discurso se reduce a bloques y secuencias de sustantivos. Hasta ahora es muy poético, pero incomprensible.



Fotografía: Cortesía de la autora.

¿Debería una escribir en todos los idiomas como si estuviera haciendo una traducción?

En nuestra nueva ciudad puedes doblar en una esquina y encontrarte con alguien que no has podido ver durante mucho tiempo. Serán exactamente las mismas personas que cuando todavía estaban en este mundo, pero tal vez un poco mayores. Se reirán y te preguntarán cómo estás. Esta esencia de atención, este ser, está vivo (quien anhelabas ver otra vez, ver sintonizado con el mundo). Serán diferentes de lo que recuerdas, porque serán ellas mismas. Verás que el alma opera y anima esta carne en particular y estos ojos de nuevo. *Pero todo estará bien, y todo estará bien,*¹⁶ *y todo tipo de cosas estarán bien*, tú piensas. Si tan solo pudieras verlos una vez más. Solo una vez. Será en nuestra ciudad, ¿verdad? ¿A quién te gustaría encontrar por accidente? ¿A quién *anhelas*?

¹⁶ Juliana de Norwich (1342–after 1416), *Revelations of Divine Love*, trad. Barry Windeatt. (Oxford: Oxford World's Classic, 2015).

“Cada lágrima, reprimida, regresa como una ola; un autobús perdido, como una tormenta; un día acabado, un atardecer. El mar se repite para sí mismo, como repetida es la ausencia de uno a la promesa de este mundo.” Etel Adnan, *Sea and Fog*.

¿Deberías vivir en cada lugar como si estuvieras allí solo temporalmente?



Fotografía: Cortesía de la autora.

El último verso de un poema del poeta holandés Hans Faverey titulado “Homenaje a Safo” dice lo siguiente:

*Van Sapfo ben ik gaan houden
sinds de vernietiging
haar teksten heeft ingekort.*

Comencé a amar a Safo
desde que la destrucción
ha acortado sus textos

Estas líneas, y muchos otros de sus poemas, creo, son divertidas. Faverey vivió casi dos milenios y medio después de Safo y, por supuesto, nunca leyó sus textos perdidos. Sus poemas originales no sobrevivieron al tiempo, pero su fácil evaluación hace que suene como si él conociese íntimamente su trabajo y a ella. Del mismo modo, incidentalmente, pienso que lo conozco a través de la página.

¿Es así como se construye la memoria? Este revol-tijo de oraciones; dos líneas de un famoso poema; el fragmento de una canción que un ex novio solía amar; un comentario desechable —y sin querer cor-tante— hecho por tu madre; la línea lacerante de una canción (*¿Quién era esa triste mujer cantando? ¿En qué año se compuso esa canción? ¿Cuándo y dónde la escuché?*); algo que dijo tu hermana rápidamente (*Ten cuidado, te extrañaré*). También hay imágenes aleatorias: la vista desde un viejo dormitorio o la ventana de una oficina, el camino a la escuela, la esquina de una calle donde a menudo te detenías y hablabas con una amiga antes de despedirte.

Lejos de casa, mi padre tiene preferencia hacia ciertos extremos inocentes. Quiere escalar la colina más alta de los alrededores, hacer el recorrido completo de una isla y su punto occidental. Sugiero que también tengamos algo para él en nuestra ciudad. Si podemos hacer cualquier ciudad, lo menos que podríamos desear es un lugar amado por las perso-nas que amamos. Podría tener un camino perfecto alrededor de la vieja ciudad que, a un ritmo cons-tante, se pueda caminar en 45 minutos. O podría haber una colina alta a la que se pueda llegar en 20 minutos en automóvil o 30 minutos en autobús desde el centro de la ciudad. Quizás, a una distancia perfecta para una excursión de un día, se encuen-tra el punto de tierra más oriental y occidental del continente. También me gustaría un acantilado muy alto con espectaculares formaciones rocosas a la distancia justa para un viaje de fin de semana. ¿Y qué hay de un bosque cercano con el árbol más antiguo de su clase? ¿O una pirámide de superfi-cie plana, en un estilo raro, que no se preserva en ningún otro lugar del mundo?

¿Tu también piensas a veces que hay una vida más satisfactoria en otros lugares? ¿Un lugar donde los colores son más ricos y verdaderos, y se encuentra la belleza sin tristeza o cinismo? ¿Donde los niños son una continuación natural de un ciclo eterno y no un gasto extra que uno no puede pagar? Tengamos eso en nuestra nueva ciudad. Ahora que te doy estos fragmentos de nuestra ciudad, mis deseos comienzan a expandirse a todos los aspectos de la vida.

“No me gustan las historias utópicas porque no creo nada en ellas”, escribió la escritora de ciencia ficción Octavia E. Butler. Ella pensó que era “inevitable que (su) utopía fuera el infierno para otra persona”. En la única historia utópica que escribió, *The Book of Martha*, Dios le pide a la narradora (una mujer alta y negra, muy parecida a la propia escritora) pensar en una intervención mundana que hará a la humanidad al fin feliz y, por lo tanto, menos cruel. La única condición que Dios le da es que tendrá que vivir en el peldaño más bajo de esa sociedad. Después de algunas pruebas, Martha tiene éxito en su tarea: inventa un mundo feliz en el que los escritores son superfluos. ¿Es imposible ser utópico solo en las cosas pequeñas? ¿Es posible desear solo seguridad, agua limpia y espacios cómodos para todos? Si *solo* pudiera ser.

También me gustaría tener calles arboladas y sombreadas, canales que reflejen la luz y el cielo. Tal vez podríamos tener algunas fuentes en los cruces y plazas. Deseo edificios con pequeñas torres y ventanales, y panaderías de las que salga el olor a pan y pasteles. Podrías pensar: ¿estos lugares ya existen! Es cierto, a veces casi no hay diferencia entre lo real y lo ideal.

Querida lectora, nos conocemos disfrazadas porque el inglés no es mi idioma materno y puede que tampoco sea el tuyo. Una vez una amiga cercana se rió de mí mientras yo hablaba inglés. Ella dijo: “¡Te has convertido en otra persona!” Probablemente debió de haberse sentido un poco traicionada por esta versión de mí, que parecía haber existido sin que ella supiera. Pasa lo mismo con las ciudades en movimiento, me imagino. Te conviertes en una versión diferente de ti misma.

Adnan, Etel. *Sea and Fog*. (Callicoon: Nightboat Books, 2012).

Butler, Octavia E., *Bloodchild and Other Stories*. (Nueva York: Seven Stories Press, 1996).

Faverey, Hans. *Chrysanten, roeiers* (1977), from *Verzamelde gedichten*. (Ámsterdam: De Bezige Bij, 2010).

Horace. *The Complete Odes and Epodes*, trans. W.G. Sheperd. (Londres: Penguin Books, 1983).

Ecos de un lugar

Fiep van Bodegom, Verónica Gerber Bicecci,
Zara Khadeeja Majoka, Nashilongweshipwe
Mushaandja, Ligia Nobre, Emilia Pardo Bazán,
Amanda Parmer, Paola Santoscoy y Salomé Voegelin

Editores: Andrea Ancira | Jorge Munguía
Coordinación Editorial: Andrea Ancira
Diseño Editorial: Isabel Sierra
Traducción Inglés-Español: Alejandro Arras

Buró—Buró
Primera edición, 2020
© Buró Buró Oficina de proyectos culturales S.C.
y autores de su texto

ISBN: 978-607-98419-7-3

Buró—Buró
Jalapa 27, Roma Norte
Ciudad de México, 06700

Impreso en la Ciudad de México

